



Revista de Psicología

ISSN: 0716-8039

revista.psicologia@facso.cl

Universidad de Chile

Chile

Marchant, Matías

Reflexiones en torno a los procesos de institucionalización y separación afectiva temprana en el  
contexto de un hogar de protección de lactantes

Revista de Psicología, vol. XVI, núm. 1, 2007, pp. 123-146

Universidad de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26416105>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **Reflexiones en torno a los procesos de institucionalización y separación afectiva temprana en el contexto de un hogar de protección de lactantes**

### *Reflecting on the institutionalization processes and early affective separation of infants in a protection home*

*Matías Marchant<sup>1</sup>*

#### **Resumen**

En el presente artículo se discute -a propósito de la institucionalización temprana- el concepto de vínculo. Asimismo, se propone reflexionar sobre las hipótesis que permiten explicar la existencia de los vínculos que unen a un hijo con su madre, así como su alteración a partir de los fenómenos de institucionalización y separación afectiva. Se proponen los conceptos de deseo, simbolismo e historia como nociones centrales para acceder a la comprensión de lo que se encuentra implicado en el concepto de vínculo y constitución subjetiva.

Palabras clave: Vínculo, apego, institucionalización.

#### **Abstract**

The present article discusses, by way of early institutionalization, the concept of attachment. The main purpose is to reflect on hypotheses that would permit an explanation of the existence of attachment between mother and child, as well as disturbances after the institutionalization phenomenon and affective separation has taken place. It proposes the concepts of wish, symbolism and history as central notions to comprehend what is implied by attachment.

Key words: Attachment, affection, institutionalisation.

---

<sup>1</sup> Psicólogo Hogar de Protección de Lactantes "Corporación Misión de María", Santiago, Chile. [matiasmarchant@gmx.net](mailto:matiasmarchant@gmx.net).

## **Introducción**

En el presente texto se abordarán los problemas e interrogantes relacionados con los conceptos de vínculo afectivo y apego. La discusión se realizará a partir de las dificultades que se presentan en el trabajo con lactantes dentro de un Hogar de Protección dependiente del Servicio Nacional de Menores de Chile (SENAME). El objetivo de este tipo de hogares es el de brindar protección a aquellos niños que han sido vulnerados en sus derechos de una forma grave. Las causas más comunes que determinan la internación en esta clase de establecimientos (Hogares de protección de lactantes y preescolares) son el abandono y la negligencia en cuanto a los cuidados y crianza de los hijos.

## **Institucionalización y separación afectiva (Spitz y Bowlby)**

El trabajo de René Spitz (1985) sobre los efectos de la institucionalización posiblemente constituye un hito en la historia del psicoanálisis infantil debido a la importante descripción sobre los efectos que ella tiene para la salud psíquica de los niños. Un verdadero paradigma, en este sentido, son las enfermedades que denominó de carencia afectiva (Spitz, 1985).

La descripción de los síndromes de carencia afectiva parcial y total, así como su conceptualización, siguen vigentes. La privación afectiva de un niño es tan nociva como la falta de alimento. La carencia de aportes o provisiones libidinales dados por la madre (o su sustituto) puede conducir, literalmente, a la muerte. El principal descubrimiento de Spitz es el que sostiene que el afecto y el amor son condiciones infaltables para el desarrollo; son tan importantes como el alimento, la higiene o el calor. De cierto modo, se puede decir que Spitz proporciona la prueba “experimental” que demuestra que un niño no puede desarrollarse sin afecto y amor.

Contemporáneamente a Spitz, el famoso creador de la teoría del apego, John Bowlby, realizó una serie de estudios que mostraban de qué modo las separaciones tempranas, en ciertos periodos críticos del desarrollo de los niños, producían una serie de reacciones que resultaban relevantes

para la comprensión de la patología mental del adulto. Bowlby (1998) sostenía, a partir del descubrimiento de la tríada protesta, desesperación y desapego, que estas conductas eran una respuesta universal del hombre y primates ante la separación afectiva.

Bowlby y Spitz piensan, desde veredas opuestas, los fundamentos acerca de la naturaleza del vínculo que une a un niño con su madre. En el caso de Spitz (1985), la relación madre-hijo es considerada como una *relación de dependencia* que caracteriza a la especie humana y cuya principal función consiste en que el niño pueda desarrollarse en el sentido de poder desplegar investiduras sobre los objetos libidinales, primero la madre, luego los otros. Es decir que, a partir de la relación madre-hijo, se puede comprender el paso por los distintos estadios del desarrollo de las investiduras libidinales, donde el inicio está marcado por la no diferenciación del niño con el mundo y los otros (esto es, un estadio no objetal), y su culminación corresponde a un estadio objetal donde el niño es capaz de investir a la madre como objeto único de afecto. Para Spitz, la noción de amor o de investidura libidinal es crucial para entender el desarrollo humano. En cambio, en el caso de Bowlby (1998), la naturaleza de la relación de la madre con el hijo es de orden biológico y tiene como función asegurar la supervivencia de la especie. Esto implica que el lazo que une al niño con la madre tiene como consecuencia previsible la protección de la cría, el apego le provee de un ambiente libre de peligros. Además, la capacidad de respuesta de la madre ante las distintas necesidades del bebé proporciona una base sobre la cual la cría podrá desarrollarse, en el sentido de poder debilitar el temor a la separación afectiva. Se podría plantear que la teoría de Bowlby tiene como eje central la noción de *seguridad*, mientras que la teoría de Spitz se centra en el concepto de *investidura libidinal* o *amor*.

No es fácil resolver rápidamente estos problemas ya que ellos son de fondo. Se podría decir que la noción de *seguridad* atraviesa a muchas teorías de la psicología así como también a otras disciplinas que se preguntan por el desarrollo humano.

A partir de la institucionalización de los niños se abre una serie

de preguntas que pueden ser trabajadas aquí. Cuando un niño es criado en una institución por un periodo prolongado de tiempo, surgen algunos temas centrales para la comprensión de la constitución de la subjetividad.

En primer lugar, *¿cuál es la naturaleza del vínculo que une a un niño con su madre?* En segundo lugar, *¿cuál es la función que cumple dicho vínculo?*<sup>2</sup> Tercero, *¿cuál es la relación entre historia y subjetividad?* Reflexión, esta última, que puede tener consecuencias muy prácticas. Y, por último, *¿qué es el deseo?, ¿en qué consiste el deseo por el niño, el deseo del niño y el deseo de paternidad?*

En lo que sigue se expondrán dos experiencias particulares que apuntan a abrir una discusión sobre estos temas controversiales. Interesa plantear aquí tanto las distintas posiciones teóricas que pueden sostenerse a partir de estas preguntas, como las orientaciones concretas que podrían implementarse fruto de esta discusión.

### **Vínculo y separación afectiva**

Para partir, se expondrá brevemente sobre la situación en que viven los niños de un Hogar de Lactantes dependiente del SENAME.

De los 30 niños que acoge este Hogar, sólo 8 ó 9 son visitados, el resto está en un estado de abandono total. Dentro de los que son visitados, los padres no muestran un excesivo sufrimiento ante la separación de sus hijos. Más bien tienden a comprenderla e incluso a justificarla, y más aún, algunos asumen la institucionalización como deseable. Entre los niños que son visitados, la mitad han estado institucionalizados desde su nacimiento, el resto ha tenido un periodo corto de 2 ó 3 meses durante el primer año de vida de relación continuada con los padres.

Hay padres que visitan a sus hijos una vez al mes y reclaman que se les exige demasiado cuando se les señala que el número de visitas parece insuficiente para crear un vínculo con sus hijos.

Frente al reencuentro con los padres, hay niños que, cuando los ven,

---

<sup>2</sup> Estas son claramente las mismas preguntas que se formuló Bowlby en su libro "El apego", publicado en 1965.

rompen en llantos y evitan acercárseles. Esta experiencia fue la que comenzó a inquietar al equipo respecto al modo en que debía ser considerado el vínculo que une a un niño con sus padres. Se realizaron diferentes interpretaciones que no se habían considerado hasta ese momento.

La reacción de llanto y evitamiento de un niño ante el reencuentro con sus padres puede señalar -más que la ausencia de vínculo- que efectivamente existe un tipo de *vínculo* del niño con sus padres. Si se toma en cuenta lo que la literatura señala, se podría considerar que las reacciones de evitamiento, rechazo y llanto se comienzan a evidenciar claramente (cuando ha sido criado en una familia) cuando el niño pasa los 9 meses de vida.

En este Hogar se ha observado, en el momento de la separación de los niños con sus padres, reacciones diversas: indiferencia, llanto, e incluso estados de desestructuración y ansiedades intensas que se expresan en regresiones del desarrollo (enuresis principalmente) y también en autoagresiones, por ejemplo, golpes en la cabeza.

En el contexto de esta discusión en torno a la noción de apego y vínculo, se podría recordar un experimento con primates relatado por Bowlby (1998). En él intenta demostrar que no existe diferencia entre seres humanos y primates en lo que respecta a la respuesta ante la separación afectiva.

El experimento que describe Bowlby es el siguiente: dos experimentadores separaron a dos monos: una madre y su bebé. Se constató que la reacción ante este evento es que *ambos* (bebé mono y madre-mona) se desesperan, *ambos* protestan enérgicamente, la madre se vuelve feroz, intenta proteger al hijo con todas sus fuerzas, el bebé aúlla intensamente. A partir de esta descripción, Bowlby da cuenta -fijándose sobre todo en el mono bebé- que la respuesta es similar a la que ocurre con un bebé humano.

Una crítica que se puede plantear aquí respecto a la lectura que hace Bowlby es la siguiente: en el caso del ser humano esta respuesta no es regular ni permanente, en cambio, en los monos sí lo es. Resulta evidente que tanto en el hombre como en el mono la separación forzada provoca

una respuesta muy intensa de llanto y desesperación en la cría y en la madre. Pero en el hombre ocurre que cuando la separación es favorecida y estimulada por la madre (en cualquier nivel de edad) no se observa ninguna de estas respuestas en forma -al menos- visible. Una madre humana, a cualquier edad, podrá separarse de su hijo y no necesariamente desesperar. ¿Qué puede indicar esto? Que en el caso del hombre existe la posibilidad de que la separación afectiva pueda ser *representada* por la madre. En cambio en los primates esto no sucede. En segundo lugar, este experimento prueba que el modo en cómo es vivenciada la separación depende del *deseo materno* y no de un factor temporal o de madurez del niño: el acuerdo de la madre o la aceptación de la separación es un factor relevante en el modo en cómo es experimentada la separación afectiva. Este segundo punto será trabajado con mayor profundidad en el capítulo siguiente.

A partir de la observación de la interacción entre madre e hijo en este Hogar, se puede afirmar que cuando ha habido negligencia y maltrato, la separación no genera la respuesta de desesperación, ni tampoco produce conductas organizadas que puedan restablecer el vínculo roto; en el Hogar de protección de Lactantes, para algunos padres, la separación parece acomodarse a sus expectativas. Curiosamente, la institucionalización prolongada es la única manera de permanecer ligados a estos niños. Por cierto que en estos casos será necesario buscar una explicación a este tipo de respuesta -ante la separación afectiva- en otro paradigma que el del establecimiento normal de los vínculos.

### **Apego y vínculo: el deseo materno**

Uno de los aspectos más llamativos que se observa en este Hogar de Lactantes es el modo en que muchas de las madres y padres delegan la responsabilidad de la crianza de los niños en la institución. También llama profundamente la atención la aspiración de las madres y padres de que sus hijos permanezcan indefinidamente en una institución “hasta cuando sea grande”, “que salga cuando sea vieja y me cuide”, etc. Son este tipo de experiencias las que llevan a preguntar a la teoría cómo se puede producir una alteración del vínculo de tales características.

También se puede constatar que los niños que son visitados presentan conductas distintas en el establecimiento normal de los vínculos: dentro de las más llamativas, se encuentra la indiferencia o rechazo hacia los padres. Se observa, además, la ausencia de una respuesta de llanto ante la separación afectiva y, por último, la falta de ansiedad de los padres respecto a la separación de los hijos. Todas estas conductas llevan a pensar en los mecanismos y procesos que conducen a explicar de qué modo los vínculos madre-bebé pueden ser alterados.

### ***Caso Martín***

Para situar la discusión de un modo más preciso, se describirá brevemente la vida de un niño dentro de este Hogar de Protección de Lactantes.

Se trata de Martín, un niño que a los 3 meses de vida es llevado a un hospital por su madre debido a un cuadro respiratorio agudo. En ese momento se detectó que el niño presentaba una condición de salud de riesgo debido a problemas en cuanto a sus cuidados básicos (alimentación, abrigo e higiene). Al mismo tiempo, se pesquiza, en ambos padres, la presencia de consumo excesivo de alcohol. Indagando en la historia de la madre, se encuentra que ésta tiene otros nueve hijos, siendo Martín el menor. De los nueve hijos, los seis primeros fueron dejados al cuidado de las familias paternas de sus tres parejas anteriores. Los últimos tres son hijos del mismo padre. El primogénito de la pareja actual de la madre está al cuidado de estos mismos padres, la segunda se encuentra en otra institución donde se acusa a los padres de negligencia y el tercero es Martín.

Después de la hospitalización, Martín fue internado en un Centro de Diagnóstico por un mes, resolviéndose su derivación a un Hogar de Lactantes de mediana permanencia (es decir, un año) dado que se preveía que la posibilidad de solución del problema de vulneración de derechos no ocurriría a corto plazo.

Martín es visitado en las instituciones en las que se encuentra por los padres desde su internación. La frecuencia de las visitas es de, en promedio, una vez al mes, y tienen una duración aproximada de dos a tres horas. Martín, al momento de la redacción de este texto, lleva un año y dos meses



de institucionalización. Desde su ingreso al Hogar de Lactantes los padres lo han visitado, en diez meses, un total de nueve veces. En términos de horas, se podría decir que Martín ha estado con sus padres alrededor de veinticuatro horas en el lapso de un año.

Como la mayoría de los padres que visita a los niños en este Hogar, los padres de Martín ocupan casi la totalidad del tiempo en dar de comer a su hijo, en llenarlo de alimento como lo haría un pájaro con su pequeño pichón. Como los otros niños, abre la boca y engulle todo lo que le es entregado, no hay límites para esto. Papas fritas, galletas, jugos, flanes, yogurt, hasta reventar.

La evolución de las visitas de los padres de Martín y las diferentes conductas que se apreciaron entre ellos son muy interesantes, puesto que en el periodo comprendido entre el duodécimo y decimocuarto mes de vida del niño, se pudo observar una serie de reacciones que permitirán reflexionar sobre los lazos de afecto y de filiación.

Cuando Martín tenía diez meses, comía hasta el vómito lo que sus padres le daban. El niño abría la boca hasta expulsar toda la comida recibida, excesiva desde cualquier punto de vista. Cuando se le señalaba a la madre el vómito de su hijo, sorprendía que ella negaba el hecho evidente. Con mucha dificultad, más tarde, reconocía o “veía” el vómito.

Las visitas a Martín cuando éste tenía entre ocho y diez meses se caracterizaban por el exceso, exceso principalmente en cuanto a la comida y a las disputas entre los padres. Exceso en cuanto a los estímulos y al interés exacerbado por que el niño caminara prematuramente. La madre a menudo señalaba lo inquieto de su hijo, sin embargo, quien continuamente lo estaba moviendo de un lado para otro, era ella misma. Decía: “ya no soy joven, aunque no lo aparente, tengo ya cuarenta años”. “Yo quiero un niño pa` no pasar mi vejez sola”.

Al terminar las visitas, se registraba el comportamiento de Martín, no observándose ningún tipo de conducta particular (hasta el décimo mes) que denotara algún tipo de reacción ante la separación.

En el duodécimo mes de vida de Martín se registra una nueva visita: la madre, en dicha ocasión, le da mamadera y al terminarla, ella lo besa y

Martín le sonríe, *aferrándose* a su blusa. Ella lo pone en el suelo y lo hace caminar afirmándole ambas manos y dirigiéndolo a buscar un camión de juguete. A Martín le llama la atención el camión y quiere tocarlo para emitir los diferentes sonidos que pueden producirse con él; pero a su madre, en cambio, le gustaría que su hijo agarre la cuerda y tire el camión mientras caminan. Él quiere sentarse en el suelo para poder jugar con el camión, la madre le dice: “¿quieres una galleta mejor?” Martín toma la galleta, la chupa y la pone cerca del camión, come mientras su madre insiste en que se la coma.

Cuando las galletas se acaban, la madre lo toma en brazos y le dice: “vamos a darle un besito a diosito pa’ que se acuerde de ti y te salve”. Lo acerca al crucifijo hasta que su boca roza los pies de Cristo.

A la edad de 14 meses, comienza a producirse una reacción que llama la atención. Cuando los padres llegan al Hogar, Martín rompe en llantos, se pone rígido, su sonrisa habitual se congela y se transforma en una expresión de angustia. Busca aferrarse a las cuidadoras del Hogar, se evade, se esconde y busca evitar que los padres se le acerquen.

Previo a esta reacción, se notó que Martín presentaba una conducta singular. Cuando tenía un año y un mes, por casualidad, se observó que al pasar cerca de la sala destinada a las visitas (y sin que los padres se encontraran presentes) se tendía a *aferrar* de las auxiliares. Parecía expresar temor, como rehuyendo la posibilidad del contacto con los padres que *no* estaban en ese momento.

La madre, al ver la reacción de llanto de Martín, le decía: “otra vez te pones así de llorón”. Le estiraba los brazos a su hijo pero Martín intentaba evadir este ofrecimiento. La madre le respondía: “no quieres nada conmigo”; Martín buscaba permanecer en los brazos de las auxiliares y se calmaba rápidamente con ellas. Cuando su padre intentaba acercarse, Martín se daba vuelta y buscaba aferrarse a una auxiliar. Ante esto, la madre cambió de estrategia, la que verbalizó así: “me voy a tener que sentar cerca de usted (de la auxiliar) para que no llore”. Luego, dijo: “es que a él le hace falta verme, si me viese más seguido no se pondría así”. Sin que Martín se tranquilizara, igualmente lo tomó en brazos y se lo llevo lejos

de la auxiliar. Mientras tanto, Martín intentaba bajarse de la falda de su madre, insistió hasta que lo consiguió y luego buscó quedarse en un rincón no aceptando las manos de ayuda ofrecidas por ella. Ver a los otros niños que se encontraban en el patio cerca de la ventana parecía tranquilizarlo. Durante esta visita apareció nuevamente la comida que Martín aceptaba. ¿Qué representaba el alimento en este contexto?

La madre repetía: “es que al Martín le hace falta verme... yo, si Dios quiere, bah, si la jueza quisiera, a mí me ayudaría y *pondría a mi hijo en un hogar más cerca de mi casa* en que yo pudiera ir a verlo más seguido”. Cuando se le dice que una forma de ayudar a este proceso es visitar a su hijo más a menudo, ella responde con enojo: “¡ustedes no saben el esfuerzo que hace uno, porque yo tengo que gastar cuatro lucas para venir para acá, dos micros pa’ Regazo (donde está Soledad, su otra hija), otra pa’ acá, de ahí dos más pa’ la casa de nuevo... tengo que preocuparme del arriendo que son 40 lucas, el agua, la luz, mi otro hijo, mi salud... no puedo venir tan seguido para acá!”

Martín, durante esta visita, comió un paquete de ramitas, uno de galletas y un jugo. Su sonrisa no volvió durante toda la visita, sus movimientos fueron muy escasos. Su usual inquietud desapareció. Su mirada era como si traspasara a las personas, no se detenía en nadie en particular, ni en su padre ni en su madre.

Dos horas después de la visita, nuevamente se observó a Martín: se encontraba jugando en el patio como lo hace usualmente, estaba sonriente y buscaba estar en brazos de las personas que él prefiere.

¿Qué determina esta respuesta tan singular? ¿Qué es lo que ocurrió en Martín para que se observe un cambio en la conducta tan importante?

Lo singular de este pequeño fragmento de observación es lo siguiente: Martín, hasta los doce meses, recibía a los padres de un modo que se podría llamar “indiferente”. Es decir, no le alteraba ni su presencia ni su ausencia. A la edad de trece meses comienza a desarrollar un temor a la sala de visitas; a la edad de catorce meses se observó un llanto intenso ante sus padres. ¿Cómo explicar estos cambios en la conducta frente a sus progenitores?

### ***Hipótesis explicativas***

#### Primera hipótesis: angustia ante los extraños

Una hipótesis que podría formularse es que Martín ha desarrollado un temor a los extraños. Ansiedad que se manifestaría ante cualquier persona que le parezca como desconocido en relación a la configuración de una cierta representación de una figura materna exclusiva. En el caso de Martín se debe añadir un factor adicional: su miedo a la sala de visitas.

La hipótesis de la angustia ante los extraños, que es la de Spitz, es muy poderosa y de cierto modo no es fácil refutarla, aún cuando este autor suponga procesos algo complejos para un bebé de seis a nueve meses. La idea central de la angustia del noveno mes es la siguiente: un bebé, después de un periodo en que mantiene una relación sostenida con su madre (o con quien cumpla los roles de protección, abrigo, amor, etc.) la inviste y la identifica como objeto *único* de amor. La presencia de un desconocido es, para Spitz, el momento en que el niño se percata que la persona que tantas gratificaciones le ha entregado y a quien ama, se puede perder. Reacciona con angustia o con un temor injustificado a perderla cuando no está a su alcance. Esta hipótesis indica pues, que se trata de una angustia y no de un temor o miedo real, debido a que el niño teme perder injustificadamente a la madre por la sola presencia de un extraño, extraño que le recuerda, entonces, la posibilidad de la ausencia de la madre. Es, según Spitz, la primera vivencia de angustia de un bebé. Evidentemente este tema es, en sí mismo, controversial. Pero, ¿será posible afirmar que Martín experimenta la angustia del “noveno mes” (en forma retrasada) y que la presencia de los padres representa la figura del desconocido?

Esta hipótesis puede verse cuestionada desde otro punto de vista: Martín presenta esta conducta *principalmente* ante los padres, pero esta respuesta no es tan intensa ni tan regular ante voluntarios y otras personas que asisten al Hogar irregularmente y que desconoce. Con otros “extraños” se ha observado que presenta temor, pero no de un modo tan acentuado como lo hace ante sus padres y en particular ante su madre. Martín también le teme a la sala de visitas, donde ve regularmente a sus padres más que a cualquier otro lugar que no conoce del Hogar en que vive. Expresa su

temor a través de su aferramiento al cuidador y por el llanto más intenso y manifiesto cuando el padre se lo lleva a la sala de visitas. Se observó que es más fácil para el niño entrar en contacto con el padre en lugares por él conocidos y en presencia de los otros niños del Hogar y auxiliares.

Por otro lado, se debe decir que Martín no tiene *una* sola figura materna en particular. Son tres o cuatro personas con las que mantiene una relación más o menos cercana, pero en ningún caso exclusiva. Esto podría implicar que su temor a los extraños debería manifestarse con la pérdida de las tres o cuatro personas a las que manifiesta su particular interés y afecto, pero esto no es así. Martín no parece presentar una reacción de alarma ante cualquier extraño, sino particularmente ante sus padres y ante la sala de visitas, estén ellos o no. ¿Por qué Martín le teme tanto a la sala de visitas como a sus padres?

#### Segunda hipótesis: apego inseguro

Otra mirada teórica podría plantear que Martín expresa un estilo de apego con los padres donde predominarían los rasgos de inseguridad o evitación. El problema de esta suposición es que es difícil sostener que el niño haya logrado establecer una relación de apego con sus padres por el escaso tiempo que ha pasado con ellos. Más que un cierto estilo de apego, lo que podría pensarse es que los padres son figuras amenazantes en tanto son desconocidos. Es decir, los padres son la actualización de un riesgo o temor real, en la terminología de Bowlby.

¿Se puede afirmar que la reacción de Martín se produce porque tiene efectivamente un vínculo (y no apego) con sus padres? Quizás esto se podría decir en el sentido que él tiene un tipo de relación específica con sus padres y les tiene también reservado un tipo de respuesta que le es particular y específico. Si bien presenta una respuesta de ansiedad ante extraños, ésta es más intensa con ellos que con otros “extraños”.

#### Tercera hipótesis: el condicionamiento clásico

Decir que padres e hijo *tienen* un vínculo no quiere decir que se sostenga que el lazo se fundamente en una experiencia particularmente aversiva, aun cuando Martín puede haber experimentado displacer a partir de las posibles sensaciones de náusea y los vómitos durante las visitas de sus

padres. Es fácil demostrar que aunque la sensación de náuseas y vómitos sean desagradables, no determinan la respuesta de evitación. Por lo demás, ha vomitado en otras circunstancias con las auxiliares sin que ello haya significado un rechazo de éstas. Además, para refutar esta idea, se puede agregar el hecho que en la última visita, Martín acepta más fácilmente comer o tragar el alimento que le es llevado que la proximidad o los brazos de la madre. Una vez que se tranquiliza, se encuentra más dispuesto a comer que a intercambiar una mirada con ella.

También se podría hipotetizar que el niño era maltratado o agredido por los padres durante las visitas, idea que no es admisible puesto que no se ha visto ninguna conducta que indique aquello.

#### Cuarta hipótesis: necesidades de “dependencia oral” y de seguridad

Respecto a la posibilidad de hipotetizar que los niños desarrollan una dependencia oral con la madre, se puede notar que en el caso de Martín, la comida y el afecto están disociados. Es interesante hacer presente, entonces, que el vínculo entre la madre y un hijo no se da a nivel de la necesidad (por ejemplo, la alimenticia). Esta hipótesis, la de la dependencia oral, es la que Bowlby llamó “la teoría del impulso secundario”, y pensaba que era la hipótesis del psicoanálisis. Es cierto que la mayoría de los padres de esta institución parecen conducirse con el apoyo (ciertamente de un modo intuitivo) de esta teoría e intentan mantener una proximidad con sus hijos a través de la comida. Para los niños, en cambio, el alimento no es equivalente al afecto. Es tan evidente esto que ningún niño establece con la institución una relación de dependencia. Es asombroso observar que los niños, cuando son adoptados a edades tardías (tres, cuatro o cinco años), no quieren volver nunca más al hogar, aún cuando se hallen bien alimentados. No extrañan a la institución y se muestran ansiosos ante la posibilidad de volver.

Si no es la dependencia oral, entonces se podría plantear que los niños crean vínculos a partir del sentimiento de seguridad y protección. Pero es asimismo evidente que la seguridad y la protección que les da el Hogar no propicia una relación de dependencia de los niños, hecho que se comprueba por la facilidad que tienen para desvincularse de ella

sin manifestar dependencia a futuro hacia la institución. No son estos sentimientos los que facilitan el establecimiento de lazos con los otros.

Por lo tanto, el vínculo que une a un niño con su madre no designa una relación de *dependencia* absoluta.

Si bien es efectivo que el niño necesita de la madre para sobrevivir, esto no lo liga particularmente a ella. La situación de institucionalización es una situación extrema en donde se desconfirma esta cuarta hipótesis.

### ***Síntesis de los problemas de las hipótesis antes formuladas***

En relación al vínculo temprano, se podría sostener que lo que le hace falta a un niño es una figura materna que cumpla con un rol de cuidados y protección. Este rol, en principio, podría ser representado por cualquier persona. Se repite a menudo, que cuando se habla de los cuidados maternos, se menciona a la madre o a un sustituto de ésta. Hay aquí también una confusión que merece ser aclarada. El hecho de cumplir con la función materna no genera un vínculo semejante al de la madre con un hijo. Esto se hace evidente gracias al deseo y la promoción de todos los involucrados en la situación de los niños, de que éstos establezcan un vínculo legal con un padre y una madre y que vivan en el seno de una familia y no en una institución.

La maternidad no refiere ni a un vínculo natural, ni a uno donde se pueda cumplir la función sin ser la madre. La maternidad requiere asumirse como madre y *nombrarse* como tal.

En resumen, existe una serie de hipótesis que se analizan aquí desde un caso particular -Martín-, que resultan cuestionadas y que reclaman una revisión profunda en el contexto de la institucionalización. Por un lado, es interesante tener en cuenta que Martín manifiesta más miedo a los padres biológicos que a cualquier otro desconocido. Además, se puede rechazar la idea que el alimento ligue en el amor a los seres humanos, en particular, a padres e hijos. Por otro lado, seguridad y protección, en sí mismos, no dan lugar a la relación con un otro y menos permite pensar en relaciones de amor. El enamorado renuncia a toda seguridad, a todo bienestar personal cuando debe mostrar su amor. El niño renunciará a la seguridad tan fácilmente como un preso a su celda. Y finalmente, no

se ama a quien representa una figura determinada. Martín no ama a la institución representante del seno materno, ni ama, como es capaz de amar a sus padres, a alguien que cumple el papel de la madre. Esto se demuestra fácilmente a partir de la relación que los niños han establecido con alguna niñera o asesora del hogar. La pueden querer y tener un particular afecto, pero a quien dirigirán sus querellas si se han sentido abandonado es a su madre y no a quien le han contratado para brindarle cuidado y protección. El niño, como el adulto, entenderá finalmente que a quien deberá dirigirse es a quien *encarne* la figura y no a quien la *represente*. Esta distinción es esencial, porque cuando ella no es realizada, se prescinde del cuerpo de la madre en la maternidad. Dicho de otro modo, el amor no podrá prescindir de la caricia, aún cuando la caricia no sacie el hambre de amor. Es probablemente la caricia, tal como es tratada por el filósofo Emmanuel Lévinas (1971), la que permitirá abrir una puerta hacia la posibilidad de comprender las relaciones intersubjetivas, o más precisamente, la relación con el otro. Es posible que aún no haya recursos conceptuales en psicología y en psicoanálisis que permitan designar ni comprender las relaciones con el otro y particularmente la relación con la alteridad fundamental que se da en la relación de padres e hijos. El trabajo sobre la caricia de Lévinas puede ayudar a articular lo concreto de la relación amorosa y, al mismo tiempo, lo trascendente de la relación madre-hijo.

Nuevas hipótesis: el símbolo y la caricia como elementos esenciales para la comprensión del vínculo que une a una madre con su bebé

La dimensión de la parentalidad, la relación de una madre con un hijo, es una relación que se da en un nivel esencialmente simbólico. Esto quiere decir que cualquier persona podrá comportarse *como* una madre para un niño desde el momento en que se *nombre* como tal y sea *sancionada en el deseo* por este significante. Es tan simbólico, que un padre podrá sentirse padre toda su vida aún cuando su hijo muera. Lo simbólico se aprecia en lo injustificado que parece a los ojos de cualquier observador el reclamo de los progenitores de Martín sobre sus derechos de paternidad. En el caso de este niño, la justicia se ha puesto en funcionamiento para determinar este lazo de filiación y su posibilidad de ruptura a través de una sentencia acerca de la susceptibilidad de adopción.



Desde el momento en que se asume el peso simbólico de la maternidad, el vínculo entre madre e hijo se ve para siempre alterado y modificado en función de cada día, pero con el sello indeleble del deseo y la responsabilidad. La facilidad con que los niños pueden adoptar a sus padres es tan sorprendente que es difícil encontrar otra explicación que la que indica que el vínculo que une a un hijo con su madre es un significativo garante de un pacto simbólico. Cuando se afirma esto, se puede problematizar mucho sobre las conductas específicas que se atribuyen a una madre, tales como la sensibilidad, la contención, la protección, la seguridad y la empatía. Todo esto hace preguntar lo siguiente: ¿cuáles son finalmente las características esenciales de la maternidad?

Volviendo al caso de Martín, lo que está en juego es el lazo entre madre e hijo. Desde este punto de vista será posible señalar que este niño tiene un vínculo con sus padres. Aún cuando Martín ha estado con ellos apenas 24 hrs. en toda su vida, esto no impide que tenga una relación con ellos. Esta relación posiblemente esté fundamentada en la insistencia de los padres por validar su lazo, por *nombrarse* como padres ante él y por un *simbólico* que, aunque cuestionado y que intenta corregirse, los sanciona aún como los padres de este niño. El certificado de nacimiento los señala a ellos como los padres.

¿Qué expresa Martín a sus padres? ¿Es acaso el temor a la pérdida afectiva? ¿Es una forma de rechazo? ¿Son los padres unos extraños para él? Son preguntas que quedan abiertas.

Para intentar revelar lo que esta conducta expresa, se requiere - además de la idea de registro simbólico- de la noción de *deseo*. Martín y sus padres han entrado en conflicto en relación con la noción de deseo. El niño manifiesta rechazo y ansiedad, intenta mantenerse alejado de sus padres. Éstos plantean su interés por su hijo pero no logran construir un lazo con él. El Estado, por su parte, busca romper todo lazo entre este niño y sus padres.

Martín se constituye en el deseo, deseo de pérdida, rechazo y temor. Este deseo se hace presente en la relación. Como el deseo designa una relación asimétrica, lo que está en juego no es identificar lo que Martín

dice para actuar en concordancia con ello, sino más bien una nueva oportunidad que los padres, probablemente, dejarán pasar.

Quizás los obstáculos que se oponen entre los padres y su hijo se relacionan con el drama de la historia individual de cada uno de ellos, donde se asoman sus propias vivencias de abandono. Martín está repitiendo la historia individual de los padres, lo que ellos, lamentablemente, ven como algo ajeno. De cierto modo, también se podría decir que Martín está *ya* constituido, porque es una subjetividad que desea y que se manifiesta ante el concepto de parentalidad. Será pues la decisión del juez la que sancionará la respuesta posible ante esta concepción de paternidad que Martín demanda.

La noción de deseo conlleva dos conceptos: repetición y responsabilidad. El eterno retorno parece ser la condena a la que ciegamente los padres conducen a Martín a través del desamparo que alguna vez vivieron ellos mismos. El deseo implica también la noción de responsabilidad. Desear significa no ceder ante él. El deseo por un hijo implica que él es otro, totalmente otro, fuera de la posesión y de las pertenencias<sup>3</sup>.

En el caso de los padres de Martín, se insinúa el deseo como repetición, pero no el deseo como responsabilidad, cuestión que los pone en entredicho y ante la urgencia de un problema a resolver.

## **Historia y constitución subjetiva: la bitácora**

En este Hogar de Lactantes cada niño trae consigo una historia dramática de abandono y violencia. Los niños pueden pasar periodos de

---

<sup>3</sup> Según el filósofo Emmanuel Lévinas (1971), en la fecundidad, en el hecho de tener un hijo, se muestra que lo que se devela es a un otro. En la fecundidad no se descubre un secreto. En la fecundidad hay una relación trascendente a un otro. "El yo [moi] es, en el hijo, un otro." El deseo metafísico de infinito se ve realizado en el engendrar un hijo, en el hecho de desear un hijo en la relación amorosa. La trascendencia tiene lugar como hijo. En la fecundidad, el yo trasciende el mundo de la luz, del conocimiento, de la posesión. La salida de lo mismo, la salida del Uno, es hijo en la fecundidad. La trascendencia es, entonces, una experiencia concreta con la cual se topa el hombre y puede, con ella, dirigirse a un otro, exterioridad radical, relación con el ser infinito. El Deseo metafísico, proyecto de "Totalidad e Infinito" de Emmanuel Lévinas, se realiza a través del hijo, no porque se satisfaga en la fecundidad, sino porque lo que engendra como ser separado, es Deseo.

tiempo en el Hogar que se prolongan de un modo excesivo esperando una solución.

La permanencia prolongada de los niños en la institución hace surgir la pregunta por este periodo de *tiempo* y por lo que la idea de Historia puede aportar en la comprensión de la constitución subjetiva.

A partir de la idea de historia se puede pensar y registrar los acontecimientos significativos de un bebé. En caso contrario, y de no mediar el trabajo de registro, no podrá tener ninguna memoria que contenga y retenga los recuerdos.

Los “hijos de nadie”, “los expósitos”<sup>4</sup>, carecen no sólo de las provisiones afectivas imprescindibles para su desarrollo, sino que también de una memoria parental, es decir, de un registro de lo que alguna vez fueron y de las relaciones que construyeron durante su primer o sus dos primeros años de vida o aún más. Su cuerpo parece el único receptáculo de las huellas dejadas del abandono y del deseo y la lucha librada en los tribunales de justicia para definir su filiación y sus lazos de parentesco en nuestra cultura.

El psicoanálisis enseña que un niño nace incluso antes de su nacimiento concreto, que los hijos son siempre portadores de la memoria y del testimonio de los padres que lo concibieron en su deseo. Un niño existe, entonces, desde que la pequeña niña juega a la mamá y el niño al papá. La primera muñeca construye ya una madre para la niña. El libro de la maternidad parece describirse sobre las mismas líneas de la crianza recibida por la niña.

La maternidad es un libro *ya* escrito. Si un niño nace antes de nacer, ¿qué *está* sucediendo con los niños que viven en una institución mientras se resuelve su problema con sus padres?

Existe una falta radical de memoria en el proceso de institucionalización. A partir de esta reflexión surgió la idea, en esta institución de protección de lactantes, que cada niño debía tener un cuaderno, un registro en el cual se encontrarán las huellas del pasado.

---

<sup>4</sup> Ver Zañartu, S. (1975). *Santiago: calles viejas*, Santiago: Gabriela Mistral.

No su historia, sino las palabras *cariñosas*, las palabras vertidas con afecto de quien quiera, pero sobre todo de las auxiliares que viven con ellos. Una memoria de puros acontecimientos, sin la pretensión de hacer una historia oficial ni menos un historial médico. Esta bitácora de vida tendrá momentos significativos: sus primeros pasos, su forma de ser, alguna enfermedad importante. Una memoria desordenada. Sus primeros dientes, los primeros amigos y sus primeros conflictos.

Su nombre y su apellido se hayan inscritos en esos cuadernos. Se suma a ello algo más: sus fotos. Cada mes otro miembro del equipo los retrata, los inmoviliza, perdura el tiempo imparable. Los niños posan, particularmente peinados y bañados. Se recuerda los momentos tomados al azar. Si es posible, el cumpleaños y una graduación. Se historiza, se escribe. Cuando un niño está por irse, comienza el furor por la escritura. El cuaderno circula de mano en mano y se llena de esas lagunas dejadas por descuido o por cualquier otro motivo. Las fotos se reúnen, el niño parte con su cuaderno, especie de álbum fotográfico con una memoria visual y escrita.

El resultado de la instalación de este libro generó algunas sorpresas. Por ejemplo, que escribir en los cuadernos de los niños era un deseo que se encontraba en la mayoría de los que trabajan con ellos. De eso no cabía duda, y para todos fue la canalización de un deseo que estaba presente.

Pero quedaba algo más: la recepción de los padres de la historia y de los nombres de estos niños.

Básicamente existen dos formas que tienen los niños de salir de este Hogar: por un lado, están aquellos que se van con sus familias adoptivas. Por otro, están los que se van con su familia de origen.

En el primer caso, cuando los niños se van con su familia adoptiva, la historia ya estaba escrita, es decir, los padres que llegaban al Hogar a conocer por primera vez a su hijo, hacían presente que ellos *ya* les tenían un nombre, una religión, parientes, etc. Es decir que los padres llegaban a conocer a un hijo, ese hijo que soñaron desde hace mucho tiempo y que ahora encuentran (o reencuentran) y lo recubren con toda la historia que a ellos mismos les precedía. Después de este primer contacto entre los

padres adoptivos y el niño, se les entrega el cuaderno o bitácora de vida de su nuevo hijo. La reacción es diversa. Es posible percibir un cierto grado de violencia en este entrecruzamiento. Los padres valoran las imágenes, pero la historia y el nombre por el que tanto tiempo se conoció a ese niño que estaba en la institución, choca con la historia que ellos mismos traían y que querían contar. Es un momento complicado y fecundo, pero que a la vez genera una serie de interrogantes: ¿qué se debe hacer con la historia de estos niños que son adoptados a los seis meses, un año o en edades más avanzadas?

Existe un conflicto en la medida que chocan dos historias, al menos dos maneras de representarlas. Para algunos padres más, para otros menos, la primera forma de representar este nacimiento del niño es a través de ponerle un nombre, lo que en los casos del Hogar significa *cambiarles* el nombre, sustituir el nombre con el cual fue nombrado, protegido, abrigado, calmado, etc.

El otro problema es el que tiene relación con lo sucedido en su historia previa antes de la llegada al Hogar. Hay una mezcla de interés, pero al mismo tiempo de extrañeza, al encontrarse con que para la institución ese niño ya tenía una vida que le pertenecía. Una vida propia, si es que puede decirse así.

Desde el punto de vista del encuentro de dos historias tan distintas, que irrumpen o chocan, se puede hablar de una violencia. Violencia ejercida por el discurso que superpone dos visiones de la historia de un mismo sujeto.

Así, en el caso de los padres adoptivos, se puede reconocer que el libro o bitácora de vida de los niños de este Hogar es una prueba más que deben pasar para elaborar lo que significa este modo de vinculación. El presente trabajo busca que tengan más herramientas para ello.

Por otro lado, se puede mencionar lo que ocurre cuando se entrega esta bitácora a las madres biológicas. En particular, se puede mencionar el caso de un niño que vivió sus cuatro primeros años en la institución. Aquí se puede percibir que se trata de algo muy distinto en relación a los padres adoptivos.

Se trataba de una madre de 18 años que había tenido un hijo fruto de la violación de un tío paterno. La familia de esta mujer no estaba dispuesta a ayudarla. En la actualidad ha encontrado sus propios recursos para hacerse cargo de sí misma y de su hijo. En el momento del egreso se le mostró el cuaderno y las fotos de su hijo. Con emoción lo recibió y aprovechó el momento para agradecer los cuidados que le habían dado a su hijo en el Hogar y la oportunidad que tenía ahora para irse con él. A través del cuaderno recorrió, en forma abreviada, todas las dificultades que tuvo para hacerse cargo de su hijo y volvió a recuperar la esperanza que podría hacerse madre de él de ahora en adelante. Era evidente su emoción, era conmovedor su gesto de gratitud.

La bitácora, pues, puede pensarse como una herramienta en construcción, un útil no acabado que pone en tensión algunas preguntas que parecen ser de primer orden en torno al problema de la subjetividad y su constitución.

### ***El rol de la historia en el establecimiento del vínculo madre-hijo***

El vínculo se considera, desde esta perspectiva, mediatizado por el tiempo. Por un tiempo que articula una serie de acontecimientos, que se constituye en una historia porque ordena y organiza la experiencia, y finalmente le da sentido. Esta historia puede construirse y puede ser registrada a través de diversos medios. En el establecimiento más común y habitual de los vínculos, la historia es contenida y retenida por los padres y por la familia del niño. Historia que articula tanto los diferentes sucesos de un niño desde que nace, como la propia historia de los padres. También articula lo que estos últimos han creído aprender de su propia historia. Frases que reflejan esto concisamente son, por ejemplo, las que dicen tan frecuentemente los padres cuando se ponen a pensar en sus hijos: “no quiero que pase por lo mismo que yo pasé”, “quiero que tenga lo que no tuve”, etc.

El vínculo entre una madre y un hijo requiere -para que se establezca- que ellos *entrecrucen* de distintos modos, a lo largo de la vida, una historia.

Al nacer, esta historia es la de la madre y el padre; posteriormente, es la que el hijo aprende y que luego confronta con ellos.

El vínculo madre-hijo, al contener una historia, se referirá necesariamente a un origen. Las preguntas que hacen los hijos a los padres parecen repetirse de un modo relativamente regular: se refieren al deseo de los padres en su concepción. Secundariamente, la pregunta sobre el deseo que existe en la familia extendida respecto a su existencia<sup>5</sup>.

El concepto de apego designa principalmente una relación de proximidad entre madre e hijo y apunta, en sus fundamentos, al sentimiento de seguridad asociado a esta relación. La proximidad aquí puede ser entendida tanto física como mental, pero en ambos casos descansa sobre un registro espacial. El concepto psicológico de apego no incorpora aspectos que sí se encuentran en la legalidad. Lo jurídico parece darle una importancia casi exclusiva al deseo de un padre por el “reconocimiento de la paternidad”.

La dimensión temporal, entendida no sólo como lapso de tiempo, sino como esencialmente historia, constituye y modela los vínculos existentes entre el hijo y sus padres. Y es también esta comprensión del vínculo -sustentado en la historia que se cuenta y que se trasmite- la que permite alterar o reparar los accidentes ocurridos a través del tiempo.

Por ejemplo, se podría plantear investigaciones que pudieran pronunciarse sobre las diferencias que existen entre niños adoptados a edades tardías y aquellos que son adoptados en edades tempranas<sup>6</sup>. Si bien existen diferencias, éstas deberán tener necesariamente en cuenta que mientras mayor es el tiempo en que el niño permanece institucionalizado, mayor es el lapso de tiempo en que esa historia no tiene sostén alguno que la reciba, retenga y transmita.

Mientras que la proximidad se relaciona con la seguridad, la historia

---

<sup>5</sup> De distintos modos se formula la misma pregunta: ¿fui deseado?, ¿me recogieron de un lugar desconocido?, etc.

<sup>6</sup> Estudios que efectivamente se han realizado y que concluyen la mayor incidencia de dificultades para relacionarse con los padres adoptivos (Tizard y Rees, 1975 en Calcagni, X. (2006).

se relaciona con la pertenencia y con la posibilidad, a través del lenguaje, de curar las heridas del pasado.

Pero para que el hijo pueda adoptar a la familia (de origen o adoptiva), requiere que en esta historia esté incorporada la familia extendida que le dé un lugar y una pertenencia a través de la cual pueda reconocerse.

En síntesis, la historia transmitida a través de palabras<sup>7</sup> es la que posibilita no sólo el establecimiento del vínculo del niño con la madre, sino que le permite a esta última vincularse con su hijo. Los accidentes, las heridas, los quiebres dejados en el pasado, se actualizan con ocasión del nacimiento de cada nuevo hijo.

Desde el punto de vista ético, se comprende cada vez con mayor fuerza, que todo ser humano tiene derecho de conocer su historia, por dolorosa y difícil que sea, sobre todo la de sus orígenes. La pregunta por el origen es uno de los aspectos más complejos en la elaboración psíquica de alguien que fue adoptado o dejado al cuidado de una institución.

### **Conclusión: deseo e historia**

A lo largo de este texto se ha querido proponer y justificar la importancia, la relevancia y las consecuencias prácticas que implica incluir las nociones de simbolismo, de deseo e historia, como aspectos fundamentales y condicionantes del vínculo que une a un niño con el otro, y en particular con la madre. Asimismo, se ha querido poner de relieve que la teoría del apego, al hacer énfasis en el eje proximidad-seguridad, deja fuera del centro del análisis la dimensión lenguaje-historia, ejes que son considerados fundamentales para la puesta en marcha de una terapéutica y de prácticas institucionales que validen la idea del niño como sujeto de pleno derecho.

Las preguntas que articula un ser humano tarde o temprano se relacionan con el origen, con el deseo, con la historia y con las palabras que lo han rodeado desde el nacimiento. Y de este examen es que cada

---

<sup>7</sup> No es el momento aquí para decir de qué manera, pero no se puede dejar de reconocer que reviste especial importancia el modo en que es transmitida.



sujeto puede asumir una relación ante el otro. No basta con explorar las relaciones con aquellas figuras que hacen parte del entorno del niño. Es necesario dar cabida al modo en que la cultura establece y define los lazos entre madre e hijo. El vínculo que existe entre una madre y un hijo puede ser entendido como el resultante, principalmente, de un proceso cultural, antes que la mera expresión del instinto de conservación del ser humano. Y por ser un hecho de cultura requiere de dispositivos que piensen al sujeto en relación a la historia, al deseo y a las palabras que lo han inscrito como miembro de una comunidad.

Finalmente, se puede repetir la pregunta planteada al comienzo: ¿Qué une a un hombre con otro? ¿Qué une a una madre con su hijo? Las relaciones de parentalidad tienen una voz privilegiada para abordar estas preguntas. A través de la noción de deseo, símbolo e historia, esta pregunta hallará su sentido original y podrá poner en acción una praxis que respete una reflexión teórica y al mismo tiempo un cuestionamiento ético.

## **Bibliografía**

- BOWLBY, J. (1998). *El apego*. Buenos Aires: Paidós. (Orig., 1965).
- CALCAGNI, X. y RIVERA, J.A. (2006). *Adopción: Reparando el abandono*. Santiago: Fundación San José.
- LÉVINAS, E. (1971). *Totalité et Infini : essai sur l'extériorité*. Paris: Kluwer Academic.
- SPITZ, R. (1985). *El primer año de vida*. México: FCE. (Orig., 1965).
- ZAÑARTU, S. (1975). *Santiago: calles viejas: historias de cuando sus nombres salieron del barro materno con la fuerza de lo que ha de vivir, porque daba el pueblo su agua de bautismo*. Santiago: Gabriela Mistral. (Orig., 1934).

Fecha de Recepción de artículo: 27 de Agosto 2007

Fecha de Aceptación de artículo: 11 de Noviembre 2007